

RESEÑA DEL LIBRO  
*HISTORIA DE LAS DOCTRINAS  
ECONÓMICAS*  
por Lucas Beltrán (Teide, 417 páginas)

CRISTÓBAL MATARÁN

El manual de pensamiento económico del profesor Lucas Beltrán, discípulo directo de Hayek y director de tesis del profesor Huerta de Soto, entre otros, supone un soplo de aire fresco en un momento (años 80) en los que encontrar publicaciones en sentido austriaco resultado harto complicado. Así, nos encontramos ante un manual escrito en español y que dedica capítulos enteros a los miembros de la Escuela Austriaca, la Escuela de Chicago o las críticas a la dominación keynesiana imperante en el momento de su publicación.

Su lectura por parte de un lector conocedor de la Escuela Austriaca hace inevitable su comparación con otros manuales de pensamiento económico escritos por autores austriacos. Así, la *Historia del pensamiento económico* de Rothbard, *La formación de la teoría económica moderna* de Skousen o *El choque de las ideas económicas* de White, por citar algunos, vienen a la mente del lector. La novedad de esta obra, aparte de ser la única escrita en español, es su tratamiento de autores españoles e hispanoamericanos. Además, el libro se halla estructurado de tal forma que cabe la posibilidad analizarse durante un cuatrimestre universitario. Aun así, realizaremos algunos matices o extraeremos algunas citas relevantes.

Cuando Beltrán expone el mercantilismo, señalada, como es tradición entre los austriacos, la resurrección de dichas doctrinas traídas por el keynesianismo. Ahora bien, el autor señala que la Corona española practicó el mercantilismo ya durante todo el s. XVI, concretamente desde el reinado de Felipe II. Esto es, y así lo especifica el autor, la Corona impuso la autarquía porque los autores que defendieron desde el punto de vista teórico en los dominios españoles eran más numerosos de lo que se pensaba.

Sin embargo, lo que llama poderosamente la atención de estos capítulos sobre mercantilismo, Renacimiento y la reacción de Adam Smith es la suscripción de Beltrán a los postulados de la Leyenda Negra. Para empezar, el autor señalada una y otra vez (p. 25, 26, 37, 53, 98, 393, 394 y etc.) que los dominios de la Corona española en América eran “colonias” (sic) y que el territorio peninsular era su “metrópoli”. Historiográficamente estas afirmaciones son insostenibles. España fue creando virreynatos en América, esto es, un tipo de incorporación, que no de administración, de esos nuevos territorios dentro del Imperio español. Los gobernantes españoles desde Isabel la Católica jamás vieron los territorios americanos como colonias, exactamente lo contrario de la política practicada por los ingleses en sus colonias norteamericanas hasta el s. XVIII. Hubo diputados americanos en las Cortes de Cádiz (Antonio de Larrazábal y Arrivillaga llegó a presidirlas), los súbditos americanos de la Corona tenían exactamente los mismos derechos que los peninsulares, los hijos de matrimonios mestizos (los Reyes Católicos los fomentaron desde 1503 y fueron legales desde 1514) tenían los mismos derechos que los hijos de españoles blancos y pudieron votar en los mismos términos que los peninsulares. La colonia, por el contrario, es un tipo de administración en el que la metrópoli ejerce un control sobre la colonia, siendo ésta un territorio, y sus habitantes, de nivel más bajo. Los colonos norteamericanos que se levantaron contra la Corona inglesa no tenían diputados en Westminster, sufrían cargas fiscales superiores a la metrópoli y no disfrutaban de los mismos derechos que sus primos al otro lado del Atlántico. Esta situación jamás se dio entre territorios de la Corona española.

Otra cuestión discutible es la paternidad de la ciencia económica. La mayoría de los manuales de pensamiento económico otorgan dicha fundación a la figura de Adam Smith. Más recientemente, los austriacos han puesto el acento en autores previos, especialmente en Cantillon. Sin embargo, Beltrán entrega dicho honor a Quesnay. Así:

“Se puede sostener que los fisiócratas son los fundadores de la ciencia económica. Fueron ellos los primeros que formularon de manera clara y explícita la idea de que en el mundo económico hay

una regularidad. Autores anteriores —Cantillon sobre todo— la habían expuesto, pero con poca precisión. Adam Smith la recogió y desarrolló mejor. Pero fue Quesnay el primero en formularla de modo suficiente” (Beltrán, 1988, p. 69).

Seguidamente, el autor señala a Turgot como el primer autor en defender la usura, entendida como el préstamo a cualquier interés (Beltrán, 1988, p. 74). Al no haber tratado el autor los autores escolásticos de la Escuela de Salamanca, se elimina cualquier posibilidad de rebatir esta conclusión. Martín de Azpilcueta, Luis de Alcalá o Luis de Molina defendieron sin tapujos el préstamo a interés.

Como sabemos, el profesor Beltrán fue catedrático de economía en Barcelona antes de pasar a Madrid. Por tanto, su cercanía y sentimiento con Cataluña es evidente en toda la obra. Autores catalanes aparecen en los capítulos dedicados al desarrollo de la teoría económica española. En el capítulo VIII, “Autores españoles seguidores de Adam Smith”, encontramos una sentencia sobre la situación del liberalismo en España a mediados del s. XIX:

“La ideología económica del P. Jaumeandreu, es decir, la combinación de liberalismo en el interior del Estado y protección frente a la competencia extranjera pasó, a ser el programa económico de los industriales catalanes durante el s. XIX. Los hombres de empresa de casi todos los países, excepto Inglaterra, tuvieron, durante este siglo, el mismo programa” (Beltrán, 1988, p. 102).

Desde finales del s. XIX, los industriales catalanes se han definido por la defensa a ultranza del proteccionismo con el resto de España. Esto es algo que pudo verse con la implantación del arancel Cambó, un privilegio de los gobiernos nacionales en favor de Cataluña y que ha perdurado todo el s. XX y lo que llevamos del s. XXI en forma de políticas económicas, inversiones y competencias más benigna para Cataluña que para el resto. Cataluña no ha sido tratado en igualdad de condiciones que el resto de las regiones en siglo y medio, pero no por maltrato, sino por privilegio.

Este privilegio arancelario interior tiene una buena comparación en la situación de la Confederación Germánica antes de la Unificación Alemana (1871). El autor señala:

“De manera que las mercancías que circulaban de un punto a otro de Alemania tenían que pagar estos impuestos en cada uno de los pequeños Estados que atravesaban, que, con frecuente, eran muchos” (Beltrán, 1988, p. 145)

La situación de Alemania fragmentada en cientos de Estados, señoríos, ducados, condados o cualquier tipo de administración ha sido señalada por los austriacos actuales como prototipo de su visión gubernamental. Los Estados, muchas veces ciudades, eran tan pequeños, con tan escasa capacidad política o militar, que se hallaban abocados a la práctica del libre comercio por pura supervivencia.

En cuanto a la situación de los obreros ingleses a raíz de la Revolución Industrial, Beltrán afirma lo siguiente:

“A mediados del siglo pasado [se refiere al s. XIX], la miseria de los obreros ingleses era todavía grande, y a este hombre de delicada sensibilidad [John Stuart Mill], le parecía difícil de tolerar. Pero, por otra parte, su adhesión a los principios de la libertad humana y política es inquebrantable. Este conflicto de ideas hizo que la posición de Mill pareciera fluctuar a través de los años y quedara en definitiva poco precisa” (Beltrán, 1988, p. 134).

La miseria de los obreros ingleses, comparada con la actualidad, desde luego era superior. Ahora bien, si comparamos la situación de la casi inexistente clase medio inglesa previa a la Revolución Industrial con la situación un siglo después, la mejora es más que evidente. Comparar la situación entre una época pasada y la anterior puede inducirnos a error. La comparación lícita es entre el periodo histórico estudiado y los anteriores.

Hilando con la doctrina marxista que sostiene esta visión pesimista, Beltrán no relaciona el pensamiento de Marx con las raíces protestantes. Así, el materialismo dialéctico es una clara herencia de la predestinación protestante: la Humanidad cuenta con un fin que algunos elegidos han sido capaces de profetizar, ya sea la salvación de las almas o la llegada del comunismo.

Como vemos, las críticas hacia la obra de Beltrán se dirigen hacia interpretaciones históricas, no hacia la labor de citación y de

pensamiento económico propiamente dicha. Ahí la obra rezuma formación austriaca y cariño hacia sus autores, especialmente Hayek. La obra es más que recomendable para todo estudioso del pensamiento económico o para acercarse por primera vez a nuestra materia.